

Espiritualidad laical ignaciana hoy

José L. Caravias, sj.

Curso Magis-CVX, III,3
Buenos Aires julio 2009

Ignacio de Loyola vivió en tiempos de grandes cambios; nosotros también. Él aportó luces especiales para encauzar aquellas tormentas, luces que también hoy pueden sernos de gran utilidad. Por eso no es de extrañar que se multipliquen los laicos que encuentran en la espiritualidad ignaciana el cauce por el que ancauzar provechosamente sus aguas torrentosas.

1. Marco histórico de Ignacio

La vida de Ignacio (1491-1556) está enmarcada en momentos importantes de la historia de la humanidad.

Nace un año antes del descubrimiento América y de la unificación de España con la conquista de Granada. Vasco da Gama, seis años después, dobla al sur de África el que llama “Cabo de Buena Esperanza”, abriendo un camino marítimo hacia el Oriente. Entre 1519-1522 Magallanes realiza la primera vuelta al mundo... Es la primera globalización, tres enormes ventanas desde las que se vislumbran horizontes antes insospechados.

Además, la imprenta, inventado unos decenios antes, se difunde intensamente. Antes los códices manuscritos llegaban sólo a muy poca gente. A comienzos del siglo XVI los libros lo invaden todo, con lo que se consigue una amplia difusión de ideas.

En esta época por primera vez se instala en Europa un sistema independiente de correos, con lo que, junto con los libros impresos, se comunican fluidamente unas personas con otras.

Las manifestaciones artísticas florecen como nunca, en todos los aspectos. Cuajan los nuevos idiomas europeos, con una efervescencia maravillosa de escritores. La pintura, la escultura, la arquitectura, se desarrollan con gran vitalidad creativa.

Nuevas formas de gobierno político empiezan también a despuntar. España, Alemania, Inglaterra, Francia, los Estados Italianos, están en ebullición permanente. Pfululan acuerdos y choques entre ellos.

Nuevos mundos, nuevas ideas, nuevos enfoques nacen por doquier. Emerge una cultura y una visión del mundo centrada en el hombre, como reacción a largos siglos de oscurantismo religioso. El Renacimiento ensancha el campo del pensamiento y de la actividad intelectual, y de una manera especial las artes. Miguel Ángel (1475-1564) es el paradigma del genio renacentista que abarca todas las artes: pintura, arquitectura, dibujo, escultura...

El pensamiento renacentista tiene una visión positiva sobre el ser humano, capaz de cambiar cualquier realidad negativa; si sufre no es por decreto de Dios, sino por su falta de esfuerzo intelectual o manual, por su estupidez o por su perversidad. Esta concepción del hombre exige un espíritu de libertad que abarque todos los campos de la actividad humana, especialmente la esfera del pensamiento.

Tantos encontronazos entre ideas y políticas cimbrean con fuerza la vida social y religiosa de la época. Fuertes tensiones internas jalan contradictorias entre sí, unas hacia atrás y otras hacia delante...

Esperanzas y desesperanzas eclesiales

Ante tantos problemas emergentes, la mayoría de la jerarquía eclesiástica y la vida religiosa se encierran en sí mismas y se hunden cada vez más en las arenas movedizas de la añoranza. Se esfuerzan por pintar lindos sus sepulcros, pero por dentro se corrompen cada vez más. Y de una forma especial el papado.

Mucha gente se siente molesta con sus autoridades religiosas. Piden a gritos reformas eclesiásticas. Y como contraste, desde abajo, van naciendo brotes esperanzadores. En aquel basural despuntan nuevos líderes religiosos, nacidos fuera de los muros jerárquicos.

Uno de ellos es Ignacio. Pero él no es un guerrero solitario. El Espíritu de Jesús sopla con nuevos bríos sobre las aguas torrenciales. Muchos sienten su impulso e hinchan sus velas para navegar por aquellas encrespadas olas.

Es interesante constatar las fechas de nacimiento de algunos compañeros de época de Ignacio. Bastantes de los que entonces sufrieron las terribles desconfianzas de la Inquisición, hoy son venerados como santos. Veamos:

Bartolomé de Las Casas	1474-1566
Tomás de Villanueva	1486-1555
Ignacio de Loyola	1491-1556
Juan de Dios	1495-1550
Pedro de Alcántara	1499-1562
Juan de Ávila	1500-1569
Luis de Granada	1504-1588
Pedro Fabro	1506-1546
Francisco Javier	1506-1552
Francisco de Borja	1510-1572
Teresa de Jesús	1515-1582
Felipe Neri	1515-1595
Luis de León	1527-1591
Juan de la Cruz	1542-1591

De 1522, fecha de la conversión de Ignacio, a 1556, fecha de su muerte, se desarrollan cantidad de nuevos frutales, como los traídos del Nuevo Mundo, enraizados todas ellos en un redescubrimiento de la centralidad de Jesucristo. Sus nuevas flores se polinizan entre sí. Y los Ejercicios Espirituales de Ignacio fecundan a muchos de ellos. Es simbólico que más tarde canonizaron juntos a Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús y Francisco Javier, tres maravillosos frutales de la época, bajo cuyo ramaje se alimentaron y cobijaron cantidad de pajarillos asustados por las tormentas ambientales.

Martín Lutero (1483-1546) es también una nueva flor nacida de la rebeldía. Pero, escandalizado con las corrupciones del Papado y hastiado de tanta cerrazón, en 1517 decidió salir de la chacra romana para crecer en huerto separado.

Ciertamente la Iglesia necesitaba de una profunda reforma, pero los papas de la primera mitad del siglo XVI eran los menos aptos para ello. A muchos cristianos le dolía el pésimo testimonio personal de la mayoría de los papas de la época. Además, en medio de la pobreza que soportaba Europa, Roma abusaba de sus fieles cobrando fuertes impuestos, camuflados en la “venta” de indulgencias.

Es útil recordar a los papas de esta época para poder valorar mejor la actitud positiva de “sentir con la Iglesia” propia de Ignacio y otros muchos santos de la época. En las sedes papales se desarrollaron demasiadas inmoralidades, intrigas y violencias...

El Borgia **Alejandro VI** (1492-1503), justo recién nacido Ignacio, llevó una vida altamente disoluta y cruel. **Julio II** (1503-13) fue llamado "El Papa Guerrero" por la intensa actividad política y militar de su pontificado. **León X** (1513-21), dedicó su tiempo y preocupación a los refinamientos de su mecenazgo de las artes. Estos tres papas, los de la juventud de Ignacio, dejaron mucha amargura ambiental...

Clemente VII (1523-34) se caracterizó por su honestidad personal. Pero le sucedió **Pablo III** (1534-49), de refinada crueldad e inmoralidad, instaurador de la Inquisición Romana en 1542. Le preocupaba más el engrandecimiento de su familia, que la eficaz reforma de la Iglesia. No obstante, él inició el Concilio de Trento en 1545.

Julio III (1550-55) participó activamente en el concilio de Trento, pero lo clausuró en 1552 por temor a la reducción de las prerrogativas papales.

Juan Pedro Carafa, **Pablo IV** (1555-59), colérico y arbitrario, de un alto espiritualismo, fomentó toda clase de torturas para aniquilar a los “herejes”. Fue duro enemigo personal de Ignacio ya desde veinte años atrás, queriendo hacer desaparecer la recién fundada Compañía de Jesús.

La múltiple experiencia de Ignacio

En este ambiente duro y difícil, pero lleno de esperanzas, cuajó Ignacio de Loyola. Él no era un hombre de Iglesia. De joven conoció bien a la nobleza y la vida militar de su tiempo, y vibró con sus ideales.

Después de los treinta años, en larga convalecencia, se encontró con la persona de Jesús al leer la maravillosa *Vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia “el Cartujano”. Y se entusiasmó con el ejemplo de creativa y heroica fidelidad de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán.

Rengo, humillado su orgullo, abandonó su casa solariega y por el camino cambió sus ropas de caballero con las de un mendigo, como símbolo de su transformación total. Veló sus nuevas armas ante la Virgen de Montserrat «como romero de pobreza y penitencia». Vivió y compartió por varios años la existencia de los más pobres. Atendió de forma especial a enfermos. Oró y conversó muchísimo...

En sus primeros años de convertido fue experimentando, redactando y compartiendo sus Ejercicios Espirituales. Y por ellos soportó serios problemas con las autoridades eclesiásticas, especialmente con la temible Inquisición. Hasta tal grado que se sintió forzado a estudiar, como único medio para poder seguir dando sus Ejercicios.

Conoció la vida de las mejores universidades de Europa. Empezó por Alcalá y Salamanca. Pero buscando más apertura, se trasladó a París, el centro ideológico más poderoso de la época. Allí, en 1534, a los cuarenta y tres años de edad, obtuvo el título de maestro en artes.

Incansablemente buscaba dialogar con todo el mundo: los lugares de encuentro eran los caminos, los hospitales, las plazas públicas, las aulas universitarias... Él estaba siempre dispuesto a escuchar y dialogar con toda persona que estuviera interesada en Dios. Visitó, siempre contemplativo y dialogante, en búsqueda, los centros claves de su época: Barcelona, Jerusalén, Alcalá, Salamanca, París, Londres, Venecia, Génova, Roma...

Crecía entonces una tensión especial, al parecer irreductible, entre fe y ciencia. Los creyentes tradicionales se oponían a ciertas afirmaciones y adelantos de la ciencia; y los científicos consecuentes se veían obligados a negar los fanatismos anticientíficos de la fe. Ante esta diatriba, Ignacio intuye que fe y ciencia no son contrapuestas, sino complementarias. Y planea unir íntimamente las dos realidades. Por ello se esforzará más tarde en formar personas profundamente creyentes y seriamente científicas.

Él no quiere ser monje. No le gustan las diversas formas de vida religiosa de su época, tan enredadas en sus marañas reseca. Experimenta el choque dialéctico entre las formas de fe tradicionales y los nuevos desafíos de la época.

En la Sorbona de París Ignacio conoció las diversas corrientes teológicas y sociales que recorrían la convulsionada Europa, como las de Erasmo de Róterdam (1466-1536), Tomás Moro (1478-1535) o Juan Calvino (1509-1564), entre otros.

Su vida y sus proyectos progresivamente se centran en el seguimiento de Jesús, no por las nubes de las marañas leguleyas, sino con los pies bien metidos en el lodo de la vida. Su petición constante será conocer, amar y seguir de cerca a Jesús, no en la tranquilidad de las retaguardias monacales, sino en la fogosidad de la caballería ligera. Seguir a su nuevo Rey Eternal, construyendo su Reino, bajo la bandera de la cruz, será su lema. Seguimiento heroico, en rebelde y creativa fidelidad.

Sabe por experiencia propia que para seguir de cerca de Jesús no es imprescindible meterse en un convento. Ha experimentado muy a fondo la presencia activa de Dios a la orilla de un arroyo, en la humedad de una cueva, en las llagas de

los enfermos, en los problemas de los hombres y mujeres de la calle; en sus jóvenes compañeros de universidad...

Ve la mano de Dios en los nuevos avances de las ciencias humanísticas, en las nuevas artes nacientes, en las nuevas utopías sociales...

Y con esta visión de avanzada, es de admirar cómo Ignacio se pone a las órdenes de los Papas de su época. Y él no tiene nada de ingenuo. Conoce bien y sufre las realidades papales. Su actitud sólo se entiende desde un profundo amor a Jesucristo. Ofrece lo mejor de él y de su gente para subsanar, desde dentro de ella, a esta Iglesia pecadora, esposa de Cristo.

Durante quince años Ignacio gobernó en Roma a su recién fundada Compañía de Jesús. En este periodo los “compañeros de Jesús” crecieron de diez a mil, extendidos en nueve países europeos, en la India y el Brasil. Y miles de laicos experimentaron con éxito sus Ejercicios Espirituales. ¿Por qué este éxito? Quizás a muchos disconformes les dio un camino de salida por el que poder desarrollarse ... Veámoslo más a fondo, de la mano de un experto.

Aportación ignaciana a una espiritualidad del mundo ¹

San Ignacio se mueve entre el declinante mundo medieval y el emergente mundo moderno. Antes de él la santidad se limitaba a la vida religiosa, caracterizada por el desprecio del mundo. Se contraponían “mundanidad” y “espiritualidad”. Lo mundano era lo opuesto a espiritualidad. Por eso se consideraba a la vida religiosa como muy superior a la laical. Los religiosos cumplían “los consejos evangélicos”; los laicos, se estacionaban en los “Mandamientos”.

El paradigma de santidad cristiano, calcado de la vida monacal, se estaba resquebrajando en tiempo de Ignacio. Él, a caballo entre la época anterior y la nueva, acepta las nacientes corrientes de revalorización de las realidades terrenas y de la autonomía relativa de la creación y del ser humano. Acepta una visión positiva del mundo. Ve la creación como obra de Dios y al mismo tiempo, subordinadamente, como obra del hombre, que es cocreador en un universo inacabado. El cree que el Creador cuenta con el hombre para perfeccionar la obra inacabada de su creación, ayudado por la Redención.

La bondad de la creación, contra los que veían al mundo como malo, es para él un principio fundamental. Utiliza las cosas del mundo, sin absolutizarlas, sin hacer de ellas falsos dioses, “tanto cuanto” sirvan para consumir la creación y hacer de ella un lugar digno del hombre, a través de la ciencia y la técnica.

Todo ello sin dejar de tener en cuenta la realidad negativa del mundo, impregnado de pecado, trastornador del plan de Dios. Este “valle de lágrimas” exige ser transformado y superado. Sin olvidar la negatividad del mundo, valora positivamente la creación; hace converger creación y redención, manteniendo siempre la abertura a la trascendencia divina. Ni idolatría, ni panteísmo.

El mundo y el hombre aparecen como una realidad conflictiva, buena pero pecadora; don de Dios, pero obra imperfecta que exige un compromiso de transformación.

Esta espiritualidad es inevitablemente conflictiva y dinámica. Vive “la dialéctica del Dios trascendente y simultáneamente encarnado, de un mundo bueno en el que se hace presente el pecado”. Ve a hombre como agente de la historia y co-creador que perfecciona la obra de la creación; y, al mismo tiempo, pecador que se autonomiza de Dios para crear su propio orden generador de injusticias sociales y de apropiación egocéntrica de las riquezas de la creación.

Encontrar a Dios en el mundo

¹ Esta parte y la siguiente están inspiradas en “Juan A. Estrada, Aportación ignaciana a una espiritualidad del mundo, Capítulo 5 de “La espiritualidad ignaciana ante el siglo XXI”, Universidad Iberoamericana, 1993, México. Todas las citas entre comillas, a no ser que se diga lo contrario, están tomadas de acá.

“Ignacio de Loyola, en los umbrales de la modernidad, se integra en esta dinámica de una manera específica y original, desde la que desarrolla una teología renovada del mundo y del hombre. Por un lado, asume la tradición mística cristiana y le da una nueva orientación mundana y militante. Hay que tener experiencia de Dios en el mundo: se trata de contemplar el mundo y de ver en él la acción de Dios (*ver cómo Dios opera y trabaja en las cosas, cómo habita en las criaturas y cómo se hace presente en el mundo*, EE 230-37). Hay que encontrar a Dios en todas las cosas...

La perspectiva trinitaria es la del Dios encarnado que ve la historia impregnada del pecado y de la perdición de los hombres (EE 102-9). Es decir, hay que encontrar a Dios en el mundo, que está en pecado. El Dios creador es el Redentor, el mundo es el lugar de la experiencia de Dios y del pecado al mismo tiempo. Hay que conquistar el mundo para Dios. El Dios trinitario y encarnado que contempla Ignacio no es el Dios de la metafísica griega ni el de buena parte de la escolástica medieval, inmutable e impassible, autosuficiente y ajeno a la historia humana... Aunque Ignacio participa de la teología escolástica, el influjo de la mística franciscana y su decidido cristocentrismo le hacen recuperar al Dios de la historia de la alianza que sí reacciona al comportamiento humano. Por eso, la suya es una espiritualidad de trascendencia mundana y no cae en la trampa de busca a Dios desde el apartamiento de la historia y de lo profano.

Ignacio une la experiencia mística a la mundanidad. Hay que ordenar el mundo para Dios... Surge así una mística operativa, transformadora y comprometida, que asume el riesgo de la libertad y que busca canalizar las energías humanas. La experiencia de Dios debe generar el dinamismo apostólico para cambiar el mundo, siguiendo al Dios trascendente y encarnado: meditación del rey temporal (EE 91-100), del nacimiento (EE 110-17) y de las dos banderas (EE 136-48). El amor a Dios y al prójimo convergen y llevan a sintetizar mística y ascética, al servicio de lo apostólico.

Sin desarrollarlo temáticamente Ignacio presupone la creación como un don y como una tarea; se trata de una creación inacabada en la que el hombre colabora con la obra de Dios, tanto en el orden salvífico de la redención..., como en el de la creación... Las meditaciones cristológicas de la segunda semana están en continuidad con las del Principio y Fundamento y son el puente para la contemplación trinitaria del mundo en la contemplación final para alcanzar amor. Establecen una continuidad entre el plan de la creación y la redención, siempre acentuando la colaboración subordinada del hombre al plan divino...

Junto a este realismo mundano Ignacio desarrolla una antropología de la libertad que pasa por la ordenación del deseo, de los afectos y de las experiencias internas. Ignacio busca cambiar al sujeto, su forma de percibir el mundo, de ubicarse y de realizarse en él, respetando la ambigüedad objetiva del mundo (don de Dios, realidad buena, y ámbito en el que se hace presente el pecado)... El narcisismo del caballero que sueña con grandes hazañas no se ha abolido, sino transformado. El ideal de hacer grandes cosas por Dios y el reconocimiento de la propia impotencia marcan la mística ignaciana, magníficamente caracterizada por el conocido eslogan ‘Hacerlo todo como si nada dependiera de Dios, esperar todo de él como si nada dependiera de nosotros’.

Ignacio lucha contra oraciones que obstaculicen las tareas apostólicas, pero afirma tajantemente que es necesaria una intensa experiencia de Dios que permita ser “contemplativos en la acción”. Hay que saber conjugar la dependencia de Dios y el protagonismo humano, saber combinar la racionalidad y la valoración integral del mundo del deseo y de los afectos.

La preocupación ignaciana por el discernimiento (EE 313-36) no busca tanto concretar las faltas y pecados, sino conocer las distintas mociones y vivencias, para detectar a través de ellas la presencia de Dios en la vida. Conjugando la inspiración de Dios, el don, con la evaluación humana, la tarea, tienen que salir opciones libres. Por eso su espiritualidad limita el tiempo de oraciones y devociones. Se trata de ‘dejar a Dios por Dios’. Ignacio asume los tópicos tradicionales de la ascética pero los aplica

a la militancia en el mundo.

De ahí la apertura ignaciana al estudio y al saber; el aprecio de los dones naturales que capacitan para colaborar en la obra apostólica; la importancia que concede a los laicos, desde su propia experiencia; la evaluación positiva de la autonomía, de la creatividad y el espíritu de iniciativa, fiándose de los sujetos y buscando su discernimiento personal.

2. Actualidad del enfoque ignaciano

En la actualidad sufrimos problemas parecidos a los de la época de Ignacio, pero más agudos. Hoy la globalización es mucho más amplia. También hoy se descubren nuevos mundos, nuevas formas de comunicación, nuevas ciencias y nuevas artes, nuevas ideas...

Y aumenta la distancia entre fe y vida. Cada vez hay más personas que se escandalizan y se alejan de la Iglesia Católica. Cantidad de personas pierden la fe en Dios, cosa que no solía suceder entonces. Y pululan sin cesar ideologías mágicas, que atraen a hombres y mujeres de toda condición, ávidos de satisfacer sus frustrados deseos de liberación, de amor y amistad: de sentirse realizados como personas.

El laico actual está fragmentado en mil partes. Se encuentra cuestionado y zarandeado por sus complicados problemas de pareja, por la difícil educación de los hijos, por su dura lucha laboral, por sus crecientes necesidades consumistas, por los vaivenes de la política... Una maquiavélica forma de exigir eficacia y competitividad nos convierte en personas débiles e indefensas frente a las estructuras del poder financiero de nuestra sociedad.

Nos corroen profundas dudas de fe. En este laberinto, para muchos Dios no es sino un “peso” más, muy difícil de entender, que sólo complica su vida fragmentada. Bastantes profesionales competentes echan por tierra por inservibles enfoques religiosos trasnochados e imágenes de Dios desfasadas. La fe de sus pasadas catequesis no les da respuestas a sus problemas actuales.

Vacías por dentro, cantidad de personas se anquilosan en un craso materialismo, consumidor y hedonista. Muchos se estacionan en niveles de fe infantiles, fe tiesa y seca, que ya no les sirve sino para ciertos actos sociales de tinte romántico. Otros se encierran en cómodas posturas fundamentalistas -todo al pie de la letra-, bálsamo anestésico embriagador, de soluciones ficticias.

En este ambiente, entre los materialismos y los espiritualismos reinantes, brotan en la actualidad semillas nuevas, algunas de origen muy antiguo. Una de estas semillas es la espiritualidad ignaciana, que va creciendo y fructificando en un número creciente de laicos.

El ambiente del Concilio Vaticano II replanteó una visión positiva del mundo, una antropología más corporal y una nueva teología de la gracia y de la relación natural-sobrenatural, lo cual ha facilitado la renovación de la espiritualidad ignaciana.

El P. Arrupe y las últimas Congregaciones Generales han generado una dinámica de ‘desmonaquización’ y recuperación de lo específico de la espiritualidad ignaciana. Se está recuperando lo que Rahner llama ‘mística ignaciana de la alegría en el mundo’.

Según Arrupe “el mundo es de aquellos que sepan ofrecerle y contagiarle hoy horizontes y síntesis de sentido”. La espiritualidad ignaciana lo puede hacer, si es que sabemos actualizarla, vivirla y ofrecerla reinterpretada. Arrupe tenía horror a que ofreciéramos soluciones del ayer a los hombres del mañana.

La C. G. XXXII define que “la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta”. Se trata de una nueva concreción de la antigua dinámica de unificar la experiencia de Dios y el compromiso con la humanidad, válido, de una forma especial, para los laicos. La clave antes era fe-ciencia; hoy es fe-justicia.

Revitalización de los Ejercicios

El núcleo y origen de la espiritualidad ignaciana siempre han sido sus Ejercicios Espirituales. Y hoy, como nunca, cantidad creciente de laicos están experimentando los Ejercicios, aun los personalizados completos, ya sea en forma intensiva o en la vida ordinaria. Y va en aumento también el número de laicos que dan Ejercicios, aportando nuevos enfoques y nuevas metodologías.

Las Comunidades de Vida Cristiana (CVX), laicos ignacianos, han aterrizado en estos años la espiritualidad de los Ejercicios en dos documentos largamente trabajados en común: Los *Principios Generales* y *Nuestro Carisma CVX*.

En ellos se afirma: “El carisma de CVX y su espiritualidad son ignacianos. Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio constituyen la fuente específica de este carisma y el instrumento característico de esta espiritualidad” (*Nuestro carisma CVX*, 18).

“A la luz de la experiencia fundante de los Ejercicios, la CVX tiene como objetivo la integración de la fe con la vida en todas sus dimensiones: personales, familiares, sociales, profesionales, políticas y eclesiales” (*Id.*, 22).

Otros diversos movimientos laicales y congregaciones religiosas se empeñan en serio en experimentar los Ejercicios ignacianos como clave de su espiritualidad renovada.

Es que los Ejercicios dan una espiritualidad válida para el mundo de hoy, atenta a discernir los signos de los tiempos, inculturada en los conflictos, búsquedas y esperanzas de nuestros contemporáneos. En esa cantidad de personas que se meten en serio en la experiencia de los Ejercicios Ignacianos germinan semillas especiales de esperanza.

Con Jesús como eje vital

Toda la experiencia ignaciana está enraizada y fundada en un amor personal a Jesucristo. La petición insistente de los Ejercicios es conocer más a fondo a Jesús, para amarlo más intensamente y poder así seguirlo siempre de cerca. Jesucristo es el centro, el motor, el compañero, la razón de ser de todo el que ha realizado una experiencia seria de Ejercicios. Vivir este inmenso amor a Cristo-persona es el rasgo fundamental de la “ignacianidad”.

“Jesucristo es la gran opción de los Ejercicios y de la CVX”, dice el manual “Nuestro Carisma CVX”. Y sus Principios Generales: “Nuestra Comunidad está formada por cristianos -hombres y mujeres, adultos y jóvenes, de todas las condiciones sociales- que desean seguir más de cerca a Jesucristo y trabajar con él en la construcción del Reino” (PG 4).

Conocer, amar y seguir a Jesús son los tres pasos fundamentales para poder encontrar esa fuente de agua fresca donde saciar la sed de justicia, de libertad, de amor y amistad de muchas personas; ansias justas y genuinas de tanta gente que busca ser feliz, pero que día a día siente el peso de la frustración, el desaliento y la incertidumbre. La experiencia ignaciana ayuda a descubrir a ese Cristo liberador, vivificante y tierno, único Mesías, fuente de vida, de amor, de libertad y de justicia, que me ama profundamente y cuya única preocupación es mi felicidad y la de mis hermanos.

“Para quien es ignaciano(a), Jesús es central porque así lo ha experimentado en Ejercicios. No sólo lo conoce, sino que ha llegado –por gracia- a sentir como Jesús para actuar como él, ha sido llevado a encarnarse con su sensibilidad. Por esto, el centro de la vida es el Señor al que se le experimenta amigo, *compañero* porque en el coloquio de la oración ha aprendido a hablar con el Señor: “*como un amigo habla a otro amigo*” (EE. 54). Toda la experiencia de la segunda semana está transida de este enamorarse de Jesús hasta las últimas consecuencias (3ª Semana)...

La persona ignaciana, aprende a descubrir a Jesús en su Palabra, en la Eucaristía y también en los necesitados: ‘*cómo padece Cristo en la humanidad*’ (EE

195)”.²

Un buen ignaciano/a busca con ilusión todo lo que haga referencia a Jesucristo; lee y ora con fruición lo nuevo y lo antiguo; busca afanosamente llegar a adquirir una auténtica ‘cosmovisión cristológica’. En los muchos y variados escritos actuales de Cristología encontramos una fuente de donde seguir alimentando nuestro conocimiento y amor a Jesús.

En los laicos tienen una importancia especial las vivencias cristológicas matrimoniales. Las parejas ignacianas sienten a Jesús presente en sus relaciones mutuas, comprometido para siempre con ellos el día de su casamiento sacramental. De una forma especial buscan actualizar continuamente su seguir a Jesús de a dos. Hilan cada vez más fino su mutua fidelidad, como expresión de la fidelidad de Jesús, una fidelidad que crece en el amor y busca incansablemente al Amor. Viven la presencia y las energías de Jesús, encarnado de nuevo en ellos dos, sirviendo al mismo Jesús, encarnado también en sus hijos, en las personas a las que sirven profesionalmente y en los marginales con quienes se comprometen.

En actitud constante de discernimiento

Cuando se quiere vivir sinceramente según Dios, es necesaria una actitud constante de búsqueda de su voluntad, especialmente en este tiempo, en el que somos bombardeados y atontados de continuo por propagandas alienantes.

Vimos con gozo en el Principio y Fundamento que Dios tiene hermosos proyectos para con cada uno de nosotros y para con toda la humanidad. Y para poder ir llevando esos proyectos a la práctica nos esforzamos en discernir qué es lo que él quiere en concreto en cada momento para cada uno. Lo cual nos obliga a estar muy metidos en la realidad actual y ser al mismo tiempo hombres y mujeres de oración: “Contemplativos en la acción”.

“El sentido de discernimiento es un distintivo de nuestro modo de proceder. Se trata de llegar a ser personas que educadas mediante una larga y nunca acabada experiencia de Dios, como Ignacio, estén en permanente actitud de búsqueda y escucha del Señor, y adquieran cierta sobrenatural facilidad para percibir dónde está y dónde no está.” Son palabras del P. Arrupe. Discernir es aprender a mirar a la sociedad, a la historia y a nosotros mismos desde los ojos de Dios.

Los/las laicos ignacianos buscamos a Dios en nuestra familia, en el trabajo profesional, en la vida en comunidad y en el compromiso sociopolítico. Los casados ven y aman a Cristo de una manera especial en su pareja. Todos conscientes de que con los roces de la vida y las influencias malsanas es fácil cambiar enfoques, intensidades, y aun tomar caminos equivocados, por lo que son imprescindibles discernimientos periódicos. Hemos de reelegir y actualizar nuestras opciones fundamentales, siempre a partir de nuestras nuevas realidades. Todos pasamos por etapas diversas de crecimiento, en las que debemos esforzarnos en discernir lo mejor para cada periodo.

Con un tipo de oración específica³

“El(la) ignaciano(a) ha recibido un entrenamiento muy fuerte en Ejercicios con un tipo de oración que es de petición, eso sí, pero de petición de lo fundamental: en torno al Reino, en torno a la mayor gloria de Dios, por una parte, y por otra, una oración que está toda ella concatenada. Se pide por donde el Señor ya ha venido dando... de allí que la última oración – y lo que entonces se desarrolló- es el punto de partida de lo que sigue. Es decir, que los puntos de oración los ofrece la oración anterior. Esto da una contundencia muy fuerte a la oración del ignaciano, la ignaciana.

La persona ignaciana ora a veces utilizando la meditación, es decir, el ejercicio de la racionalidad, de la voluntad, de la memoria –la parte más masculina nuestra-

² Carlos Cabarrús, La espiritualidad ignaciana es laical, Apuntes sobre “ignacianidad”.
<http://www.cpalsj.org/publicque/media/La%20espiritualidad%20ignaciana%20es%20laical.pdf>

³ Todo este apartado es de Cabarrús, en su artículo citado.

pero muchas más veces ora, utilizando la contemplación que es el ejercicio de la sensibilidad, de lo intuitivo, de lo sensible –la parte nuestra femenina-. Esta parte llega a su culminación en ‘la aplicación de sentidos’: es la puesta en práctica de toda la sensibilidad, es donde Ignacio le da a la sensibilidad un papel que nunca se le había dado en la iglesia, y que no termina aún de explotarse.

La oración de la persona ignaciana, capta la totalidad humana y privilegia el cuerpo. Adapta el cuerpo a la manera de obtener la gracia: lo mueve, se pone en pie, de rodillas, se tira al suelo (EE.76), pero no necesariamente con posturas estáticas, sino *escuchando el cuerpo*, moviéndolo hasta que se encuentre lo que se busca. Aún no se han sacado todas las posibilidades de la introducción del cuerpo en la oración. Tal y como está considerado en los Ejercicios, los mismos ayunos y penitencias – que han tenido tantas exageraciones- son un camino de introducir el cuerpo en lo que está aconteciendo (EE. 89), pero no como camino de mortificación –ese no es el sentido que propone Ignacio-, sino como medio para que el cuerpo se incluya y haya en él *un movimiento que permita captar el movimiento de Dios*. La inclusión adecuada del cuerpo, es también el medio que hace más sensible al dolor de Cristo al padecer en sí mismo(a), de alguna manera, el dolor del pueblo.

La persona ignaciana está habituada a una oración contextualizada. El esquema de los Ejercicios es el riel por donde se desliza su experiencia. La ruta de los Ejercicios es la combinación de la Historia de la Salvación presentada al modo de Ignacio en articulación con la historia de la propia conversión: la biografía espiritual. Esto se convierte en el camino básico de conducir la oración...

Todo esto nos está indicando el talante de la oración de la persona ignaciana: es una oración que hace a la persona *contemplativa en la acción*, y en una acción que tendrá repercusión política porque quiere cambiarle el rostro al mundo.

La persona ignaciana está, además, acostumbrada a *evaluar* la oración. No se concibe, propiamente hablando, una oración que no traiga consigo su propio examen. Más aún, es una oración –que por el dinamismo del discernimiento- exige el *cotejamiento* con un acompañante espiritual, por una parte, pero también no tiene plena validez sin la *confirmación subjetiva*: cuánto ha crecido la persona con todo lo que está viviendo, y sobre todo, la *confirmación histórica*: cuánto ha producido Reino la oración que se viene llevando.

De allí que, para el(a) ignaciano, ignaciana, los Ejercicios, además de ser una escuela de oración, son sobre todo, escuela de vida... Mas aún si tenemos en cuenta, que la experiencia profunda de encuentro con Dios vivida en los Ejercicios, modifica el inconsciente y por tanto hace posible que se sea realmente una persona nueva.”

Libres de esclavitudes

A la libertad interior Ignacio la llama “indiferencia”. Se trata de abrirse al atractivo de todo lo bueno, sin prejuicios ni apegos, de forma que podamos discernir con claridad qué es lo que Dios quiere de nosotros, y podamos llevarlo a la práctica.

Todo es conversable y discutible, pero a la luz del proyecto de Dios. Para ello es necesario “hacernos indiferentes”, es decir, objetivos y valientes, interiormente libres para elegir sólo lo que entra dentro del proyecto amoroso de Dios.

Para alcanzar la indiferencia ignaciana es necesario creer firmemente que todos los seres humanos somos creados por Dios para realizarnos como personas y ser así felices. Y para poder lograrlo debemos fiarnos de él, que nos ama y es el único que conoce lo que realmente necesitamos para alcanzar esa felicidad.

Es “la libertad de los hijos de Dios” de la que habla Pablo: Poder examinarlo todo y saber quedarnos con lo bueno.

No se trata de hacer o no hacer algo porque está mandado o prohibido, sino porque en ello encontramos o no encontramos a Dios. Es saber detectar por dónde señala el dedo amoroso de Dios, y seguir su dirección, sin que nada ni nadie nos lo pueda impedir. Es saber buscar siempre la mayor gloria de Dios.

Una formación constante en la Vida del Espíritu nos da la libertad interior

necesaria para poder discernir acertadamente y cumplir cabalmente los proyectos amorosos de Dios.

Buscando siempre más

Los Ejercicios nos ponen en actitud de seguimiento a Jesús, de ese Jesús tan cercano, pero tan exigente. Él siempre pide más: así es el amor.

Jamás nos pedirá por encima de nuestras posibilidades; ni menos aun, algo que no sea para nuestra felicidad. Pero él, que nos conoce a fondo, sabe que con su ayuda somos capaces de realizar mucho más de lo que podríamos pedir o pensar.

Nuestro Papá Dios tiene lindos y magníficos proyectos para con cada uno de nosotros. Por eso Ignacio nos transmite en su espiritualidad un deseo de progresar siempre más y más. El “magis” ignaciano se apoya en el reconocimiento del amor poderoso y exigente de Dios para con cada persona humana.

Esta atrevida confianza en Dios nos tiene que llevar a trabajar por su Reinado lo mejor posible, con rigor y calidad. Y nos deja abiertos, sin miedos ni prejuicios, para vivir siempre en actitud de búsqueda, detectando las nuevas presencias de Dios en los desafíos de nuestro mundo; dispuestos a crecer y madurar en una fe actualizada; abiertos a un mayor amor a Dios, una mayor profesionalización, una mayor santidad de vida, personal, familiar, comunitaria y social...

El magis lleva a una total disponibilidad para sacrificar todo lo que sea necesario con tal de llegar a la meta que nos pide Dios, a cada uno según la misión que él nos dé.

En la visión de Ignacio no hay lugar para la mediocridad. En el seguimiento de Cristo se pide radicalidad para buscar siempre la mayor gloria de Dios. La historia humana precisa de personas competentes que se entreguen generosamente a los demás. Por eso es necesario que a lo largo de la vida vayamos desarrollando capacidades crecientes de abrirnos a realidades cada vez más grandes y profundas.

Opción cristológica por los pobres

Ese conocer, amar y servir a Jesús se centra de una manera especial en los rostros sufrientes de los “empobrecidos”: campesinos sin tierra, familias sin trabajo, niños abandonados, jóvenes desorientados, ancianos solitarios, matrimonios deshechos, mujeres que se debaten en la necesidad de trabajar y de atender a sus hijos, profesionales que viven angustiosamente una desleal competencia laboral... Las infinitas víctimas del consumismo, de las drogas, del sexo sin amor, de múltiples tipos de violencias... En ellos vemos el rostro sufriente de Jesús. Ellos son la concreción de su exigente presencia en esta sociedad neoliberal donde los valores del desarrollo y la justicia son proclamados a los cuatro vientos, pero que sólo sirven para tapar las desigualdades hirientes, la insolidaridad, el desamor y esclavitudes de todo tipo.

Los Ejercicios ignacianos no llevan jamás a dejarnos flotando en un sonrosado mundo idílico. La espiritualidad de Ignacio lleva siempre a enlodarse los pies en búsqueda servicial y fraterna de personas con problemas. Ello se debe a la insistencia de Ignacio en el misterio de la Encarnación. El Verbo se hizo carne para seguir viviendo siempre entre nosotros. Por eso la sensibilidad para con todo lo humano y la solidaridad con el hombre concreto es una característica típica de la espiritualidad ignaciana. “Crear en Jesucristo es seguir a Jesús, vivir una fe que obra la justicia y toma partido al lado de los pobres...” (*Nuestro carisma CVX*, 94).

La espiritualidad ignaciana impulsa a efectuar una opción profesional por los pobres, contribuyendo a la construcción de una sociedad más justa y solidaria; no se trata de servicios periféricos paternalistas, sino de servicios cualificados profesionales, que busquen ante todo un desarrollo de las personas y la construcción de políticas solidarias.

Para los laicos, al igual que para los jesuitas, está íntimamente unido “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”, lo cual nos lleva a la búsqueda de nuevas formas de convivencia humana, vivificadas y vivificantes en Cristo resucitado.

Optamos a favor de la vida, contra de todas las formas de muerte.

Tenemos un compromiso con un estilo de vida que podemos ofrecer como camino para los laicos que, desde la política, la empresa, el sindicato o la comunidad regional o local, desean cambiar la realidad hiriente en la que vivimos.

La espiritualidad ignaciana nos lleva a sentir que Cristo, de nuevo encarnado en nosotros, se solidariza con los marginados de nuestra época, en los que él nos espera bajo su harapiento disfraz. Dicen en Fe y Alegría, magnífica institución educativa ignaciana: “El cristiano en comunidad es Jesús, de nuevo encarnado, que continúa pasando y haciendo el bien a los hombres y mujeres de nuestro tiempo”.

Amigos en el Señor

La humildad radical de los Ejercicios, a la luz de la encarnación y la misión, nos lleva a buscar a hermanos con los que trabajar juntos, de forma complementaria, en la construcción del Reino.

Rasgo típico de ignacianidad es una gran capacidad de amistad. Somos ‘amigos en el Señor’, compañeros en Jesús. La persona ignaciana de ninguna manera puede ser una personalidad aislada; de alguna forma tiene que tener experiencia de vida con otros. Experiencias comunes nos llevan a ideales comunes, vividos cada vez más en comunidad. Para ello es imprescindible aprender a trabajar en equipo.

Viendo en los demás los diversos rasgos de Jesús, respetamos su diversidad, de forma que nos podamos complementar, justamente porque somos diversos, pero unidos en Cristo. Así vamos creciendo en nuestra semejanza al Dios Trinitario.

Laicos y jesuitas, convencidos de que es Dios quien nos llama, estamos en marcha hacia una colaboración cada vez más estrecha entre nosotros, respetándonos y complementándonos mutuamente, como “amigos en el Señor”, dentro de la espiritualidad ignaciana.

Jesuitas y cevequianos nos sentimos cada vez más universales. La Compañía de Jesús es una sola en todo el mundo. La Comunidad de Vida Cristiana se siente también una sola comunidad mundial.

El Vaticano II proclamó que todo cristiano debe ser consciente de la dimensión universal de su fe. Un sentimiento de fraternidad universal, fruto de la fe en un Padre común, rompe las barreras de discriminación entre los seres humanos.

Los viajes, las reuniones internacionales, las frecuentes y variadas comunicaciones por Internet, se convierten en experiencias de gozosa fraternidad supranacional. Con facilidad afloran ideales y lenguajes comunes, de forma que uno rápidamente se siente en familia. Nos gloriamos de tener amigos íntimos en cualquier parte del mundo, sin importar las distancias.

Enviados en misión

La aceptación de la invitación que Jesús nos hace para que le sigamos, cuaja poco a poco en actividades concretas. Nos sentimos pecadores perdonados, llamados y enviados por Jesús. Sabemos que él tiene hermosos proyectos para con cada uno de nosotros y para con cada una de nuestras comunidades, proyectos que poco a poco van tomando cuerpo y convirtiéndose en realidad, a través de diversos pasos de discernimiento.

La espiritualidad que vivimos se centra en la fe en un Dios activo, creador, que trabaja sin cesar, y pone el amor en un continuo y mutuo compromiso.

Somos conscientes de que Jesús pide grandes servicios en la construcción de su Reino, pero que él mismo nos prepara para ello, si es que le dejamos actuar en nosotros.

El ignaciano o la ignaciana, en su proceso de discernimiento y compromiso sienten necesidad de sentirse enviados. Es la confirmación de que su misión es la acertada, tras un proceso de discernimiento personal y comunitario. Al religioso/a le oficializa su misión el “envío” de sus superiores; a los laicos, el “envío” de su comunidad.

El jesuita está dispuesto a vivir y trabajar en cualquier parte del mundo donde sea enviado por la obediencia. Entre los miembros adultos de la CVX, y cualquier otra institución ignaciana, cada vez va cuajando más la disposición de trabajar donde sea más necesario, con una presencia transformadora y santificante, después de un proceso serio de discernimiento comunitario.

“Sentir con la Iglesia”, como esposa de Jesucristo

San Ignacio amaba profundamente a Jesús. Y por ello amaba también a la Iglesia, esposa de Jesucristo. Pero su amor, como siempre, era realista. Veía, y le dolían, las enfermedades y las suciedades del cuerpo eclesial. Pero no por eso dejaba de quererla, sino que dolorido se acercaba a ella con cariño, ofreciendo lo mejor de él para ayudarla a sanar. Sus Ejercicios Espirituales son como una transfusión de sangre joven en aquel cuerpo enfermo. Toda la nueva “Compañía de Jesús” se pone a disposición sincera y total del “Cuerpo de Cristo”. Ignacio le ofrece hombres sanos, que como células vigorosas, le fortifiquen para poder recorrer los nuevos desafíos que se le presentan.

Ignacio, con un amor muy realista, ayuda a su Madre Iglesia a caminar de nuevo, con sinceridad y autenticidad, hacia Jesús, su única razón de ser. Amor hecho de apertura y respeto profundo hacia todo creyente. Amor que hace vivir y sufrir como propios los problemas y limitaciones de la Iglesia, ejerciendo con libertad y humildad de hijos el caritativo servicio de la crítica que edifica y es, fundamentalmente, autocrítica.

Ignacio quería a los jesuitas como “caballería ligera” dispuesta a correr con agilidad a donde lo demandaran las necesidades de su tiempo, especialmente en las fronteras.

Muchos laicos sienten también hoy retos ignacianos, cuyo aporte será muy valioso para la Iglesia: ayudar a cuajar una espiritualidad laical, que lleve a una conversión personal, comunitaria y social de cuño realmente cristiano; meterse en compromisos políticos de veras transformadores; desarrollar una espiritualidad matrimonial, a partir de la experiencia de las propias parejas; profundizar en el puesto de la mujer en el mundo y en la Iglesia...

Como algo vivo y en desarrollo, la espiritualidad laical ignaciana está aun en construcción. Camina ese buscar como laicos a Dios en todas las cosas, ese ser contemplativos en la acción, ese amar y servir en todo, ese unir íntimamente fe y justicia, fe y ciencia, fe y profesión; ese espíritu de superación constante, a partir de la realidad actual, en lugares de frontera, teniendo siempre a Jesús como centro y meta... Con ello respondemos a uno de los vacíos más grandes de la actualidad, el de la falta de sentido de la vida. Éste es nuestro desafío y nuestra tarea. La CVX, en su Asamblea Mundial en Nairobi (2003), declaró oficialmente: *“Nos sentimos confirmados en nuestra vocación de hacernos un cuerpo apostólico seglar que comparte la responsabilidad de la misión de la Iglesia”*. ¡Maravilloso!

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio ya no son patrimonio exclusivo de los jesuitas y sus movimientos. Son ya propiedad de la Iglesia. Y hoy, de una manera muy especial, a muchísimas personas les están sirviendo para madurar en su fe. Éste creo que es nuestro mayor aporte eclesial en la actualidad...

Comunidades proféticas

El P. Nicolás, actual General de la Compañía de Jesús y asistente mundial de la CVX, en la Asamblea Mundial de ésta en Fátima (2008), les propone que se consideren y actúen como comunidades proféticas. A modo de resumen, terminemos escuchándolo:

“Hubo un tiempo en que correspondía a los sacerdotes, religiosos y otros ministros oficialmente nombrados marcar el paso de la vida eclesial y dictar normas para cada sector relevante de la Iglesia y de la Fe. Pero también aquí han cambiado las cosas. Nos estamos acostumbrando a vivir la fe con una mayor espontaneidad, que brota de nuestra experiencia y formación en el discernimiento de los movimientos del Espíritu. Respetamos a los líderes seglares como en el pasado lo hicimos a los

clérigos; leemos escritos de teólogos seculares y nos sentimos inspirados por la vida y testimonios de parejas seculares y personas seculares comprometidas... Al laicado y a los grupos que forman se les escucha y sigue con estupor en los numerosos nuevos caminos que han abierto...

La generación actual cuenta con mucha gente que está cansada y desengañada con palabras vacías, promesas de campañas. Homilias mortecinas y anémicas, palabras y palabras y palabras que, citando a San Pablo, no son más que ruido, metal que suena... Hoy la gente quiere “ver” lo que “oye”. Quiere ver “palabras vivas”... Por eso hay en la actualidad tanto interés en el testimonio viviente de un laicado comprometido, parejas que han transformado años de dificultades, diferencias y conflictos en testimonios de un amor mayor, fidelidad cristiana y esperanza creativa. El ojo se ha hecho un compañero inseparable del oído...

Éste es tiempo para Comunidades Proféticas. Si tal es el caso, podemos de nuevo decir que San Ignacio es el Maestro que necesitamos en este tiempo...

Para ser proféticos, todos debemos ser personas que ESCUCHAN. Que escuchan a la gente, que escuchan la Palabra de Dios, que escuchan las suaves reflexiones del Espíritu Santo...

Para ser proféticos, todos debemos BUSCAR. No hay profecía sin DISCERNIMIENTO. Conclusiones del tipo de “comida rápida” no son más que una expresión de la profecía falsa... Una comunidad apostólica y profética es una comunidad de creyentes humildes que siempre están buscando.

Todos los miembros están invitados a tener OJOS para VER. Sabéis también que como laicos veis con frecuencia lo que los sacerdotes no vemos o no podemos ver.

Todos los miembros están invitados a OÍR lo que los sacerdotes y clérigos no pueden con frecuencia oír...

Todos están invitados y llamados a SENTIR la pena y sufrimiento de otros. La Tercera Semana de los Ejercicios nos adiestra a sentir el dolor de Cristo, el Otro...

Todos están llamados a DISCERNIR, DECIDIR y servirse de MANOS y PIES para la acción, el servicio y la compasión.

Llegar a ser una Comunidad Profética para la Misión Compartida se hace posible si tenemos el valor de aceptar el reto y movernos al estilo ignaciano hacia la Voluntad de Dios.”

Contemplativos en la acción

“En todo amar y servir”. “Contemplativos en la acción”. “Encontrar a Dios en la vida”... Son frases-resumen, diamantes pulidos, quintaesencia de la espiritualidad ignaciana, esperanza para tantos laicos ilusionados en vivir intensamente un seguimiento cercano a Jesús.

No es imprescindible encerrarse, renunciar a todo, cumplir una multitud de ritos y reglas... Podemos encontrar a Dios, intensamente, en nuestra vida ordinaria, si es que así sentimos la propuesta de Cristo ...

Pero no es fácil. Hay que prepararse. Hay que vencer la tentación de la vulgaridad. Hay que aprender a renunciar a “las afecciones desordenadas”. Hay que llenarse de Cristo. Y, con Cristo en el corazón, hay mucho que discernir, optar, servir...

Que poco a poco sea cada vez más verdad que en todo vivimos en actitud de servir y amar, sintiendo la presencia y la energía de Jesucristo, el Crucificado-Resucitado.